

lingüismo de Finlandia (Suomi, en finés): en la Universidad de Helsinki, 22 cátedras se dictan en sueco, y los estudiantes suecoparlantes usan su idioma en cursos y seminarios. En Turku (Åbo), la Academia (Universidad), es suecoparlante. En la cuarta década, el intento de "nacionalizar" (reducir al finés), la Universidad de Helsinki produjo la máxima fricción lingüística en el país.

Frete a la situación del sueco, la del lapón es diferente: todos los lapones adultos hablan finés y se considera que su lengua "no es de cultura en el mismo sentido que el sueco". Sin embargo, la legislación decreta que "todos los niños lapones, si es posible y necesario, se instruyan en su lengua materna, y que los profesores de las escuelas laponas hablen ese idioma". Hay textos en lapón editados por el Gobierno, y se están haciendo esfuerzos por preservar y promover la cultura lapona en el grado en que esto es compatible con una creciente industrialización.

Karl Nickul, Secretario de la Sociedad para la Promoción de la Cultura Lapona nos recuerda que el lapón está emparentado lingüísticamente con el finés (más que el estoniano y menos que el húngaro), que tal y como el sueco, pariente del alemán, tiene préstamos de éste, el lapón los tiene de su pariente finés; que los lapones constituyen menos del 0.06% de la población finesa; que los lapones de Finlandia no son tan numerosos como los de Noruega; que viven muy dispersos; que aunque aparentemente siguen siendo nómadas, su nomadismo es restringido, pues tienen moradas de verano y de invierno y las mujeres y los niños no acompañan a los hombres en sus correrías, y que ya tienen ocupaciones muy diversificadas. Señala, también, que el individualismo lapón está siendo sustituido por el cooperativismo y —en relación con los proble-

mas socio-lingüísticos— muestra que el problema lapón tropieza con una dificultad considerable: la de que existen por lo menos 3 dialectos que son ininteligibles entre sí. Por su parte, Paavo Ravila —miembro de la Academia de Finlandia— señala, que por lo menos son 5 los lapones escritos necesarios para satisfacer "las justas demandas" de sus usuarios, pero que el "Lapón-Ruija" es el hablado más ampliamente, el más inteligible por la mayoría; aquel en que valdría la pena publicar una literatura importante".

Aun con estas dificultades, la lengua vuelve a encontrar sostén —aquí— en ciertos caracteres sociales, y "la cultura lapona es apoyada en forma creciente por una clase educada, lapona, que está en ascenso, y tiene mayor visión"; para ella, "mucho de lo que los extranjeros han considerado característico de los lapones deberá eliminarse, pero los lapones deberán enriquecer más conscientemente la civilización nórdica". Esos lapones forman la mayoría de esa Sociedad Promotora del Lapón, la cual publica un periódico en su idioma; ellos se mantienen —además— en contacto con los lapones de Noruega y Suecia. (U-V)

Alexandre Passerin d'Entrèves et Marc Lengerau: *La Vallée d'Aoste, Minorité Francophone de l'Etat Italien*. Communication. Sixième Congrès Mondial de Sociologie. Evian, 4-11 Sept., 1966. pp. 29.

Esta comunicación presenta un texto extenso y un anexo; en el fondo, el anexo es, en sí, una pequeña comunicación adicional sobre el paralelismo entre el Valle del Aosta y el Tirol del Sur, regiones —ambas— en donde viven minorías lingüísticas de Italia a las que se ha otorgado autonomía.

El Valle del Aosta es un territorio de menos de cuatro mil kilómetros. Ha

estado comunicado con el exterior: 1º por los puertos de montañas que le ligaban —sobre todo— al Valés y la Saboya; 2º por los ferrocarriles que lo abrieron a la influencia piamontesa, italiana; y 3º por túneles carreteros que parecen darle —anticipémoslo— una vocación europea.

En él, el factor geográfico, la influencia del pasado, han determinado bloques, antagonismos, dificultades de reestructuración social. Replegado en sí, apegado a su independencia, refractario al cambio, constituyó en el XVIII un pequeño Estado autónomo en el ducado de Saboya. Las libertades locales, las instituciones propias, el lenguaje, fincaron su particularismo. La lealtad a la Casa de Saboya, la potencia de la Iglesia (cuyo clero ha sido alma de la región) explican su resistencia al cambio: Calvino, el reformador, hubo de salir, huyendo, de él; la oleada revolucionaria de 1789 no dañó posiciones soberanas y eclesiásticas (pues sus insurrecciones “des Socques” fueron legitimistas y reaccionarias). En el XIX, con la anexión de Saboya por Francia, el Valle se convirtió en marca fronteriza de un Estado que se extendía en la península.

A partir de 1860, se plantea el problema lingüístico. Durante el período previo, la población del Valle vivió de la agricultura que, insuficiente, produjo las emigraciones del XVII y el XVIII (de gentes de calidad, hacia los países germánicos) y las de mediados del XIX (de proletarios, hacia París).

Ya en el período italiano, se manifiestan no sólo las tensiones sino el desnivel entre el desarrollo general de Italia, de Europa —por un lado— y el del Valle —por otra—. Concurren a agravar el problema las tensiones lingüísticas y étnicas.

Retardo y superfetación explican las tensiones económicas y sociales: el abandono de los pasos de montaña por las rutas comerciales reduce al

Aosta a la condición de “fondo de saco”, y las peticiones para construir un túnel debajo del Monte Blanco (1875) tienen satisfacción tardía (en 1964). La industrialización —introducida por el fascismo— revoluciona el medio, tanto como la “revolución turística” que explota sus atractivos y busca su italianización, sin que haya transcurrido el tiempo necesario para la readaptación.

La emigración y la inmigración sacuden —aún más— al Valle: en una fase, sólo hay emigración; en otra, coinciden ambas; en otra más, predomina la inmigración. Cuando coinciden, hay interpelaciones en el Consejo, pues se juzga escandaloso que los valdostanos deban expatriarse para vivir, en tanto afluyen al Valle trabajadores “de allá abajo”, difíciles de asimilar.

Se suman a todo lo anterior, las tensiones lingüísticas y étnicas. En el Valle, desde la alta Edad Media, se habló un dialecto franco-provenzal y los valdostanos tendieron a mantenerse francoparlantes, pero, hacia 1861, se vieron aislados en un Estado casi monolingüe —de habla distinta— que, más tarde, conforme al principio de “un Estado una lengua”, buscaría la italianización. Mientras, hasta 1848, los diputados de Saboya y del Valle tuvieron derecho a hablar francés en las cámaras, a partir de 1860 se introdujeron medidas para erradicar del Valle esa lengua. El fascismo lleva las cosas al extremo e incluso intenta o realiza la italianización de toponímicos y patronímicos.

Las reacciones, por supuesto, no han faltado; la defensa de la lengua se convirtió en factor de resistencia y cohesión de las élites laicas y eclesiásticas; estas últimas, particularmente, veían en esa defensa un medio de conservar a los habitantes apegados a la religión y la vida patriarcal. Sin embargo, el amor por el francés se ha nutrido, también, del que han llevado

los antiguos emigrados de París, ciudad que, entre 1880 y 1913 (como ahora Nueva York para los portorriqueños), era “la mayor ciudad valdostana” (con 20,000 emigrados y 50,000 descendientes de emigrados, muy autoconscientes).

Los valdostanos, en múltiples ocasiones, defendieron (sin éxito) su lengua francesa, hasta que en 1944-48 su descontento explotó: fue esa una crisis que rebasó el ámbito nacional y alcanzó nivel internacional. ¿Causas? 1º, las hubo valdostanas (anticentralismo, desconfianza del fascismo, acusaciones de traición hechas por los fascistas y toma de conciencia de su diferenciación por los valdostanos); 2º, las hubo italianas (ideología regionalista de D. Sturzo) y 3º, las hubo, también, internacionales (irredentismo francés, coyuntura internacional favorable, dada la debilidad italiana). En la crisis, la corriente anexionista (a Francia) se opuso a la autonomista; militaron en la primera, emigrados parisienses y súbditos franceses y, en la segunda, los valdostanos, que por su profesión no vivían en el Valle, y el gobierno italiano. Factor precipitante de la solución autónoma lo fue la conyuntura internacional: del lado francés no había —en efecto— “voluntad firme, unánime y duradera”; del italiano, se buscaba evitar la internacionalización; los ingleses y americanos eran favorables a la integridad italiana; todo cooperaba en pro de la autonomía.

Conforme señala el autor, es prematuro hacer el balance de 20 años de autonomía; pero su diagnóstico es: que el Valle sufre una asimilación debida al progreso técnico; que es incapaz de resistir la presión estatal italiana; que sus habitantes constituyen una minoría en vías de enajenación étnica y lingüística.

En efecto el francés, desde 1945, decae: es una de las dos lenguas de la escuela primaria, pero, en la escuela media, ya sólo se le enseña como len-

gua extranjera, y el estudiante que desea llegar a funcionario lo rehuye en la enseñanza universitaria. La escuela es un islote lingüístico que amenaza hundirse. El autor considera, además, que el francés es, en Aosta, “un mito que no sirve sino para justificar la autonomía”; un mito que se ha deteriorado ya, por evolucionar en “vaso cerrado”.

Sin embargo, el autor piensa que, en bien de los del Valle debe evitarse el paso del monolingüismo francés al monolingüismo italiano, y si bien se pregunta —sin responder— si puede existir, en un país, un equilibrio equitativo entre dos lenguas, también considera que el francés —en el Aosta— puede llegar a tener, al lado del italiano, “una significación europea auténtica” Cree que el cambio en las comunicaciones (los túneles carreteros) le señalan este destino al Valle.

La aportación comparativa de Marx Lengereau sobre el Tirol del Sur no es menos interesante: señala que entre éste y el Aosta hay grandes semejanzas, y diferencias profundas: ambas regiones en los confines de Italia; ambas al pie de cadenas montañosas convertidas en fronteras. Ambos (Tirol y Aosta) pertenecientes a una civilización alpestre, pero con la diferencia de que Aosta conservó más su peculiaridad que el Tirol del Sur, y de que éste se une al Tirol austriaco por un paso fácil, transitable en todo tiempo, mientras el Aosta se une a la Saboya por pasos difíciles, que sólo pueden atravesarse en el verano.

La forma de italianización también difiere: la del Aosta “no produjo grandes heridas”; la del Tirol del Sur “fue brutal” La diferenciación entre tiroleses e italianos es —por otra parte— más marcada que la que existe entre valdostanos e italianos (más afines entre sí); con ello, la anexión se resiente más en el Tirol.

Otra diferencia estriba en que el régimen autónomo otorgado a los tiro-

leses del sur, en 1948, “a pesar de la garantía internacional, resulta menos ventajosa que la de los valdostanos”; como que se fusionó el Tirol del Sur con dos regiones italianas y se desnaturalizó así su autonomía. El proceso de degradación legislativa reclama remedio internacional, tanto más cuanto que los tiróleses (no conformes con seguir usando su lengua y enviando a sus estudiantes a Innsbruck) están manifestando su descontento de un modo más activo y violento, a través de brotes terroristas que llaman la atención del mundo, y que quizás se expliquen —como señala el autor— porque el Tirol del Sur se encuentre en “un estado menos avanzado de evolución, lo que explicaría el que ofreciera aún, en la arena política, una capacidad de resistencia propia de las fuerzas jóvenes que tienen poco tiempo de luchar”.

(U-V)

Tamotsu Shibutani: *The Passing of a Problem Minority: a Case Study*. Prepared for the working group on “Cultural and Racial Tensions and International Relations”. Sixth World Congress of Sociology. Evian, France, September 4-11, 1966, pp. 11.

Shibutani vincula los problemas de las minorías con la aparición del nacionalismo: el campo tradicional de ambos lo han sido los Balcanes y Meso-orientes, pero no en exclusiva pues, como él indica, lo fue también Hawái para los *nisei*, descendientes de japoneses.

El problema surge con la importación de trabajadores japoneses para el cultivo de la caña; con su inmigración en masa; con el temor ante ellos cuando los trabajadores dóciles pasan a potenciales competidores, al comprar tierras; cuando el triunfo de Japón sobre Rusia hace pensar en que son

vanguardia posible de la expansión japonesa. El temor engendra la hostilidad, sobre todo en el continente, pero ésta se refleja —aunque atenuada— en Hawái.

Los *nisei*, en el intermedio, se han educado en escuelas estadounidenses, han internacionalizado sus valores, y su nivel de conocimientos —superior al medio nacional— les ha conducido a chocar con la generación paterna. A pesar de ello, también habían sido educados en el *bushido* (código de honor del *samurai*) y aunque han rechazado conscientemente las costumbres japonesas, algo de ese código moral impregnó su personalidad.

El grupo permaneció aislado: segregado residencialmente; con pocas oportunidades ocupacionales acordes con la capacidad; los matrimonios mixtos, sin estar prohibidos, no fueron la regla. Sin discriminación patente, los *nisei* se sintieron forzados a “escoger sus sitios” Separados así de los otros estadounidenses, y de los japoneses —por el idioma— los *nisei* formaron una sociedad propia, diferente de ambas, así tratara de ser reflejo de la primera.

Como en el caso de los valdostanos acusados de traición en Italia, los *nisei* resultaron sospechosos para los comités de actividades antiamericanas, al tiempo que los funcionarios japoneses o protestaban por su maltrato o los ignoraban desdeñosamente (por ser los inmigrantes japoneses, padres de los *nisei*, de baja extracción social japonesa).

La segunda guerra fue subseguida de rumores de traición, y aunque el F.B.I. señaló que no se había descubierto ningún acto de sabotaje o espionaje cometido por personas de ascendencia japonesa, la negativa, aceptada en Hawái no fue admitida en la costa del Pacífico. Por esa época, se reactivó el estereotipo del “japonés traicionero”.